

Fría venganza

Dan Simmons

Traducción de Daniel Luque Cantos



Título original: *Hardcase*

Primera edición

© Dan Simmons, 2001, published by La Factoría de Ideas in arrangement with the author, c/o BAROR INTERNACIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-602-5 Depósito legal: B-30253-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 10

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Este libro está dedicado a Richard Stark, que a veces escribe bajo el cobarde seudónimo de Donald Westlake.

Un martes al mediodía, Joe Kurtz aporreó la puerta del apartamento de Eddie Falco.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Eddie desde dentro.

Kurtz se alejó de la entrada y masculló algo ininteligible en un tono notablemente nervioso.

—¿Qué? —exclamó Eddie—. ¡He dicho que quién coño anda ahí!

Kurtz repitió los mismos sonidos acuciantes.

—Mierda —dijo Eddie mientras descorría el cerrojo y entreabría la puerta unos centímetros sin quitar la cadena. En la mano izquierda llevaba una pistola.

Kurtz le dio una patada a la puerta, arrancando la cadena de su enganche. Sin parar de moverse ni un momento, empujó a Eddie Falco hacia el interior del apartamento. Eddie era dos palmos más alto y al menos quince kilos más pesado que Kurtz, pero el factor sorpresa estaba de parte de su adversario.

Eddie se vio obligado a bajar la Browning de nueve milímetros. El brazo de Kurtz atenazaba el pecho de Falco, y su mano presionaba el bíceps del hombre, sin dejar de llevarlo a rastras hasta las ventanas de persianas de madera del fondo de la habitación. Kurtz deslizó la mano izquierda hacia la Browning.

Eddie apretó el gatillo. Kurtz ya lo tenía previsto, así que bloqueó el percutor con la intersección entre el dedo índice y el

pulgar. Le arrebató a Eddie el arma y lo empujó contra la pared, poniéndole las manos detrás de la espalda.

—¡Jodido cabrón! —gritó Eddie con el rostro congestionado—. Me has roto la... —Sin acabar la frase, Eddie trató en vano de recuperar la pistola.

Kurtz la lanzó por la ventana, situada en el sexto piso del edificio. Agarró a Eddie con la mano izquierda y le pateó las piernas. La cabeza de Falco golpeó fuertemente el suelo de madera. Kurtz le puso ambas rodillas sobre el pecho.

—Háblame de Sam —dijo Kurtz.

—¿Quién coño es...? —dijo Eddie Falco jadeando.

—Samantha Fielding—le recordó Kurtz—. La pelirroja que mataste.

—¿Qué pelirroja? —dijo Eddie al tiempo que escupía una flema sanguinolenta—. No sabía el nombre de esa puta, solo...

Kurtz echó todo su peso sobre una de las rodillas que atenazaban el pecho del hombre; los ojos de Eddie casi se le salieron de las órbitas. Después, le golpeó la nariz rota con la palma de la mano izquierda, aplastándosela contra la cara. Eddie no paraba de chillar.

—Esa lengua... —le advirtió—. Cooperá conmigo.

El rostro de Eddie alternaba entre el morado y el blanco.

—No puedo respirar —balbuceó—, quítate... de... encima. —Kurtz se puso en pie.

Eddie boqueó para recobrar el aliento, escupió sangre, hincó una rodilla en el suelo y se lanzó hacia la puerta de la pequeña cocina situada a su izquierda.

Kurtz lo siguió. Cuando Eddie se dio la vuelta blandía un cuchillo de carnicero en la mano derecha; se agachó y lanzó varias estocadas con la afilada hoja. Kurtz le propinó una patada en las pelotas que provocó que levitara unos instantes en el aire. Eddie aterrizó ruidosamente sobre una encimera repleta de platos sucios. Rodó por el suelo, jadeando entre arcadas y pedazos de vajilla rota.

Kurtz cogió el cuchillo y lo lanzó a la pared de enfrente, donde se quedó clavado y vibró durante un rato.

—Sam —repitió Kurtz—. Cuéntame lo que pasó la noche que la mataste.

Eddie alzó la cabeza y escudriñó el rostro de Kurtz.

—¡Que te follen! —Se adueñó entonces de otro de los cuchillos que había sobre la encimera, uno más pequeño.

Kurtz suspiró, golpeó el cuello del matón con el antebrazo, lo arrojó contra el fregadero y le metió la mano derecha en el triturador de basura. Eddie Falco ya gritaba incluso antes de que Kurtz alargara el brazo para apretar el botón de encendido.

Kurtz mantuvo las cuchillas funcionando treinta segundos antes de sacarle el brazo. Luego, estiró la manga sanguinolenta de la camiseta interior de Eddie hacia adelante y enmarañó la tela alrededor de los muñones en los que se habían convertido sus dedos. El rostro de Eddie se asemejaba a una máscara blanca salpicada de sangre. Tenía la boca abierta de par en par y los ojos como platos miraban los restos de lo que había sido su mano. Alguien aporreó la pared en el piso de al lado.

—¡Ayuda! ¡Me están matando! —gritó Eddie—. ¡Que alguien llame a la poli! ¡Ayuda!

Kurtz le permitió gritar unos segundos más antes de arrastrarlo de vuelta a la salita y soltarlo en una silla junto a la mesa. Los golpes en la pared habían cesado, aunque Kurtz seguía oyendo los gritos de algunos vecinos.

—Los polis están de camino —dijo un Eddie Falco jadeante—. Los polis llegarán en un minuto...

—Háblame de Sam —dijo Kurtz, manteniendo una calma absoluta.

Eddie se presionó el improvisado vendaje ensangrentado con la otra mano, miró por la ventana como si esperara el inminente ulular de las sirenas, y se pasó la lengua por los labios. Murmuró algo.

Kurtz le dio un enérgico apretón de manos. Esta vez el grito fue tan intenso que hasta los vecinos acallaron sus quejas.

—Sam —insistió de nuevo Kurtz.

—Averiguó el asunto de la coca cuando estaba buscando al chico que se escapó. —La voz de Eddie era monocorde y ahogada—. Ni siquiera sabía cómo coño se llamaba. —Levantó los ojos para encarar a Kurtz—. No fui yo, ¿sabes? Fue Levine.

—Levine me dijo que fuiste tú.

Eddie parpadeó nervioso.

—Eso es mentira. Tráelo aquí y pregúntaselo. Él la mató mientras yo esperaba en el coche.

—A Levine ya no se le puede preguntar nada —dijo Kurtz como si nada—. ¿La violaste antes de cortarle el cuello?

—Ya te he dicho que no fui yo. Fue el maldito Le... —Eddie volvió a gritar.

Kurtz dejó entonces de retorcer el amasijo informe en el que se había convertido la nariz de Eddie Falco.

—¿La violaste primero?

—Sí —dijo Eddie con algo parecido a una mirada desafiante en los ojos—. La maldita zorra se resistió, intentó...

—De acuerdo —interrumpió Kurtz, dándole a Eddie unas palmaditas en el hombro—. Ya casi hemos terminado.

—¿Qué quieres decir? —Su mirada pasó súbitamente del desafío al terror.

—La poli está a punto de llegar. ¿Quieres contarme algo más?

Las sirenas sonaron cerca. Eddie trató de ponerse en pie para acercarse hacia la ventana, como si quisiera decirles a los agentes que se dieran prisa. Kurtz lo tiró contra la pared, haciendo presa en su pecho con el antebrazo. Eddie se retorció y golpeó a su adversario con la mano izquierda y lo que le quedaba de la derecha. Kurtz no se lo tuvo en cuenta.

—Juro que no...

—Cállate —le cortó Kurtz. Acto seguido, lo agarró por la raída pechera de la camiseta y lo acercó a la ventana.

—No vas a matarme —afirmó Eddie.

—¿No?

—No. —Eddie estiró el cuello para mirar por la ventana. Seis pisos más abajo se estaban deteniendo dos coches patrulla. Los vecinos que salían del edificio señalaban la ventana donde transcurría la acción. Uno de los policías sacó la pistola al divisar a Kurtz y a Eddie.

—Te encerrarán para siempre —murmuró Eddie, echándole a Kurtz en la cara su aliento cálido y maloliente.

—No soy muy viejo —dijo Kurtz—, puedo perder unos años.

Eddie se escurrió, rompiendo lo que le quedaba de la camiseta. Se asomó por la ventana y les hizo gestos a los policías.

—¡Deprisa! ¡Joder, deprisa!

—¿Tienes prisa? —preguntó Kurtz—. Te ayudaré. —Asió a Eddie Falco del pelo y los pantalones, y lo lanzó por la ventana.

Los vecinos y los policías se dispersaron al ver lo que se les venía encima. Los gritos de Eddie resonaron en el aire hasta el momento justo en que se estampó contra el techo del coche patrulla más cercano. Los pedazos de cromo, cristal y el plexiglás de la sirena volaron en todas direcciones, hechos añicos por el peso de Eddie Falco.

Tres policías entraron en el edificio empuñando sus armas.

Kurtz permaneció en silencio unos segundos, antes de abrir la puerta todo lo posible. Cuando los policías llegaron lo encontraron arrodillado en el centro de la sala con las manos entrelazadas detrás de la nuca.

En los viejos tiempos, le habrían abierto la puerta principal y habría abandonado la prisión con un traje barato puesto y una bolsa de papel marrón con sus escasas posesiones bajo el brazo. Ahora las cosas eran distintas. Kurtz recibió como regalo de despedida una maleta barata de vinilo para guardar sus pertenencias, unos pantalones chinos, una camisa azul, una cazadora Eddie Bauer y un billete de autobús para la cercana Batavia.

Arlene Demarco se encargó de recogerlo en la estación de autobuses. Se dirigieron hacia el norte por la autopista y después giraron al oeste, siempre en silencio.

—Oye, Joe —dijo Arlene rompiéndolo finalmente—, pareces más viejo.

—Soy más viejo.

Cuando recorrieron otros treinta kilómetros dirección oeste, Arlene volvió a abrir la boca.

—Eh, bienvenido al siglo XXI —dijo bruscamente.

—Allí dentro también llegó el cambio de siglo —comentó Kurtz.

—¿Y cómo te enteraste?

—Buena pregunta.

Guardaron silencio durante otros quince kilómetros.

Arlene bajó la ventanilla y se encendió un cigarrillo, arrojando la ceniza a la ligera brisa otoñal.

—Creía que a tu marido no le gustaba que fumases.

—Alan murió hace seis años.

Kurtz asintió y devolvió su atención a los campos de cultivo que iban dejando atrás.

—Supongo que debería haberte visitado alguna vez en estos once años —admitió Arlene—. Al menos para ponerte al día.

Kurtz giró la cabeza para mirarla.

—¿Qué sentido hubiera tenido? No ibas a llevarte un sueldo extra por hacer eso.

Arlene se encogió de hombros.

—Es evidente que escuché el mensaje que me dejaste en el contestador. La razón por la que creíste que te recogería después de todos estos años no me queda tan clara.

—No habría pasado nada si no lo hubieras hecho —dijo Kurtz—. Sigue habiendo autobuses entre Batavia y Buffalo.

Arlene se fumó el resto de su cigarrillo y lo arrojó por la ventanilla.

—Rachel, la hijita de Sam...

—Lo sé.

—Bueno, su ex marido consiguió la custodia, y sigue viviendo en Lockport. Pensé que querías...

—Sé dónde vive —dijo Kurtz—. En Attica hay ordenadores y listines telefónicos.

Arlene asintió y se centró en la carretera.

—¿Trabajas en una firma legal de Cheektowaga?

—Sí. En realidad se trata de tres bufetes situados en lo que solía ser un centro comercial. Dos de las firmas se dedican a pescar dinero de los seguros de accidentes, y la otra es una tapadera para blanquearlo.

—¿Te convierte eso en una secretaria hecha y derecha?

Arlene volvió a encogerse de hombros.

—Me dedico, sobre todo, a mecanografiar cosas, localizar a los denunciantes por teléfono y a consultar mierda

legal en Internet de vez en cuando. Se llaman a sí mismos abogados, pero son demasiado cutres para permitirse tener libros o CD-ROM de leyes.

—¿Te gusta tu trabajo? —preguntó Kurtz.

Arlene ignoró la pregunta

—¿Cuánto te pagan? —quiso saber Kurtz—. ¿Unos dos mil o así al mes?

—Más —contestó Arlene.

—De acuerdo. Añadiré quinientos dólares a lo que te pagan, sea lo que sea.

A ella se le escapó una risita.

—¿Por hacer qué?

—Lo mismo que solías hacer. Bueno, ahora usarías más los ordenadores.

—¿Va a ocurrir algún milagro para que te devuelvan tu licencia de detective privado, Joe? ¿Tienes tres mil pavos de sobra al mes para pagarme?

—No hay que tener licencia de detective privado para investigar. Deja que yo me preocupe de cómo pagarte, sabes que si digo que lo haré es que lo haré. ¿Crees que podríamos conseguir una oficina cerca de la vieja, en East Chippewa?

Arlene se echó a reír de nuevo.

—East Chippewa ha cambiado bastante, ni la reconocerías. La han reurbanizado. Ahora hay pequeñas *boutiques*, tiendas de delicatessen con veladores, tiendas de vinos y quesos caros... Los alquileres han subido una barbaridad.

—Vaya —dijo Kurtz—. Bueno, bastará con una oficina cerca del centro. Joder, con un sótano valdrá, mientras tenga luz y varias líneas telefónicas.

Arlene salió de la autopista, pagó el peaje y se dirigió al sur.

—¿Dónde quieres ir ahora?

—Un motel barato en Cheektowaga me sirve.

—¿Por qué en Cheektowaga?

—Me vas a tener que prestar el coche mañana por la mañana, y pensé que te vendría mejor si me recogías de camino al trabajo. Despídete mañana por la mañana y recoge tus cosas. Te recogeré al mediodía e iremos a buscar la oficina nueva.

Arlene encendió otro cigarrillo.

—Eres muy considerado, Joe.

Kurtz asintió.

Orchard Park era una zona exclusiva cercana al estadio de los Bills. El coche de Arlene era un Buick sin grandes lujos, aunque disponía de una de esas pantallas LCD con GPS ancladas al salpicadero. Kurtz no llegó a encenderla. Había memorizado el camino y tenía un viejo mapa de carreteras por si era necesario. Se preguntó qué coño le había pasado al sentido de orientación del personal para que tuvieran la necesidad de usar esos cacharros electrónicos de mierda para ir de un lado a otro.

La mayoría de las casas de Orchard Park eran de clase media alta, e incluso había algunas mansiones de verdad, tras muros de recia madera y grandes portalones de hierro. Kurtz se presentó en una de ellas, anunció su nombre por el telefonillo y le dijeron que esperara. Una cámara de vídeo situada sobre un pilar del portalón cesó su parsimoniosa ronda y se detuvo para observarlo con detalle. Kurtz la ignoró.

La cancela de entrada se abrió, y tres tipos con pinta de culturistas vestidos con americanas azules y pantalones grises salieron a recibirle.

—Puede dejar el coche aquí —le dijo a Kurtz el que tenía mejor pinta. Le hizo un gesto para que saliera del coche.

Le cachearon a conciencia por todas partes, incluyendo la zona de las ingles, y le hicieron desabotonarse la camisa para comprobar que no llevaba un micro. Entonces, lo montaron en

el asiento trasero de un carrito de golf y lo condujeron hacia la casa por el largo y sinuoso camino que llevaba a ella.

Kurtz no le dedicó demasiada atención al edificio. Era la típica mansión de ladrillos, aunque con más dispositivos de seguridad de lo habitual en las residencias de este tipo. A pesar de disponer de un garaje de cuatro plazas, un Jaguar, un Mercedes, un Honda S2000 y un Cadillac estaban aparcados junto al camino. El conductor, vestido con chaqueta, detuvo el carrito, y los otros dos hombres acompañaron a Kurtz al otro lado de la casa, a la piscina.

Octubre estaba ya avanzado, pero la piscina seguía llena y despejada de hojas caídas de los árboles. Un hombre mayor, ataviado con una bata estampada, estaba sentado junto a una mesa de jardín, escoltado por otro hombre calvo de mediana edad enfundado en un traje gris. Ambos bebían café de unas frágiles tazas de porcelana. El calvo estaba llenando de nuevo las tazas con una jarra de plata cuando Kurtz y sus cuidadores hicieron acto de aparición. Un cuarto guardaespaldas, con ambos brazos cruzados en el regazo, vestido con unos pantalones ajustados y un polo bajo la americana azul, controlaba atento sus movimientos, a solo unos pocos pasos del viejo.

—Siéntese, señor Kurtz —dijo el anciano—. Perdone que no me levante. Una antigua lesión.

Kurtz se sentó.

—¿Café? —ofreció el viejo.

—Sí, gracias.

El calvo lo sirvió, aunque estaba claro que no era su criado. Un caro maletín metálico descansaba en la mesa, delante de él.

—Soy Byron Tatrík Farino —se presentó el viejo.

—Sé quién es —dijo Kurtz.

El viejo sonrió levemente.

—¿Tiene nombre de pila, señor Kurtz?

—¿Vamos a tutearnos, Byron?

La sonrisa desapareció de su rostro.

—Cuidado con lo que dices, Kurtz —dijo el calvo.

—Calla, *consigliere*. —Los ojos de Kurtz no llegaron a apartarse de los del viejo—. Esta reunión es entre el señor Farino y yo.

—Eso es cierto —dijo Farino—, pero seguro que comprende que este encuentro es una mera cortesía y que no tendría lugar si no fuera porque... eh... me hizo un favor concerniente a mi hijo.

—Evitar que Alí y su banda se la metieran por el culo al Pequeño Jaco en las duchas —dijo Kurtz—. Sí. De nada. Pero esta es una reunión de negocios.

—¿Quiere una compensación por ayudar al joven Stephen? —le preguntó el abogado. Abrió su maletín.

Kurtz negó con la cabeza. Seguía con la mirada clavada en Farino.

—Quizá Jaco ya le haya contado lo que me es posible ofrecerle.

Farino dio un sorbito a su café. Las manos del viejo eran casi tan translúcidas como la cara taza de cerámica.

—Sí, Stephen me comunicó a través de su abogado que usted quería ofrecernos sus servicios. ¿Qué clase de servicios puede ofrecernos de los que no dispongamos ya, señor Kurtz?

—Investigaciones.

Farino asintió, en cambio, el abogado sonrió disgustado.

—En su momento fue investigador privado, Kurtz, pero no va a volver a conseguir una licencia. Está con la condicional, por Dios bendito. ¿Por qué coño cree que queremos poner a un asesino ex convicto y ex detective en nómina?

Kurtz volvió al fin su mirada hacia el abogado.

—Usted es Miles —dijo—. Jaco me habló de usted. Me dijo que le gustaban los jovencitos, y que mientras más viejo y cojo se vuelve, más jóvenes se los busca.

El abogado parpadeó. Se le enrojeció la mejilla izquierda, casi como si Kurtz se la hubiera abofeteado.

—Carl —dijo. El matón del polo ajustado abrió las manos y dio un paso al frente.

—Si quiere conservar a Carl, más vale que le sujete un poco por la correa —dijo Kurtz.

El señor Farino alzó un brazo. Carl se detuvo. Farino colocó su mano venosa en el antebrazo del abogado.

—Leonard —dijo—. Un poco de paciencia. ¿Por qué nos provoca, señor Kurtz?

Kurtz se encogió de hombros.

—Aún no me he tomado mi café matutino. —Bebió un poco de la taza.

—Estamos dispuestos a compensarle por la ayuda prestada a Stephen —dijo Farino—. Por favor, acéptela a modo de...

—No quiero que se me pague por eso —dijo Kurtz—. No obstante, estoy dispuesto a ayudarle con su verdadero problema.

—¿Qué problema es ese?

Kurtz le sostuvo la mirada al abogado.

—Su contable, un tipo llamado Buell Richardson, ha desaparecido. Eso no son buenas noticias para una familia como la suya, pero desde que obligaron al señor Farino a echarse a un lado... a retirarse... no sabe de qué coño va la historia. El FBI podría haber cogido a Richardson y acomodarlo en una casa segura en alguna parte, para que cantara a pleno pulmón. O los Gonzaga, la otra familia del oeste de Nueva York, podrían haberle dado una buena paliza para sacarle información. O bien es posible que Richardson haya decidido ir por libre y un día de estos les envíe una carta con sus condiciones. En cualquier caso, estaría bien saberlo con tiempo.

—¿Qué le hace pensar...? —comenzó a decir Miles.

—Además, la única pieza del pastel que les dejaron fue el contrabando que entra por LaGuardia, desde Florida al sur y Canadá al norte —le dijo Kurtz a Farino—. E incluso antes de la desaparición de Richardson, alguien andaba interceptando sus camiones.

—¿Qué le hace pensar que no podemos llevar este asunto sin su ayuda? —terminó Miles en un tono tenso pero controlado.

Kurtz miró de nuevo al viejo.

—No solía necesitar ayuda —dijo—, pero ¿en quién confía ahora?

La mano de Farino estaba temblando ligeramente cuando devolvió la taza al platito.

—¿En qué consiste su proposición, señor Kurtz?

—Investigo para usted. Encuentro a Richardson. Se lo traigo de vuelta si es posible. Averiguo si el secuestro de los camiones está relacionado con su desaparición.

—¿Y sus honorarios? —preguntó Farino.

—Cuatrocientos dólares al día más gastos.

Miles, el abogado, gruñó.

—No tengo muchos gastos —continuó Kurtz—. Mil por adelantado como muestra de buena voluntad. Un incentivo si le traigo pronto al contable.

—¿Cómo de grande? —dijo Farino.

Kurtz apuró el café. Era negro y rico. Se puso en pie.

—Eso se lo dejo decidir a usted, señor Farino. Ahora debo irme. ¿Qué me dice?

Farino se pasó un dedo por el labio inferior, de color marrón hígado.

—Escribe el cheque, Leonard.

—Señor, no creo que...

—Escribe el cheque, Leonard. ¿Dijo mil dólares por adelantado, señor Kurtz?

—En efectivo.

Miles contó el dinero, todo en crujientes billetes de cincuenta, y lo metió en un sobre blanco.

—Será consciente, señor Kurtz —dijo el viejo con una voz de repente fría y seca— de que la penalización por el fracaso en situaciones como esta rara vez se limita a una simple pérdida del salario, ¿verdad? —Kurtz asintió.

El viejo sacó una pluma del maletín del abogado y garabateó en una tarjeta de visita en blanco.

—Utilice estos números cuando tenga información que aportar o preguntas que hacer —dijo Farino—. Nunca regrese a esta casa ni vuelva a llamarme o a contactar conmigo directamente de ninguna manera.

Kurtz cogió la tarjeta.

—David, Charles y Carl lo acompañaran hasta su coche —le despidió Farino.

Kurtz miró a Carl a los ojos y sonrió por primera vez aquella mañana.

—Sus zorras pueden seguirme si quieren —dijo—, pero iré andando. Y se mantendrán al menos a diez pasos de distancia.

Ahora existía una sucursal de Ted's en Orchard Park y otra en Cheektowaga, pero Kurtz condujo hasta el centro para ir a su establecimiento habitual de Ted's, en Porter, cerca del Peace Bridge. Se pidió tres perritos calientes *jumbo* con todo, incluyendo salsa caliente, una ración de aros de cebolla y un café. Colocó la bandeja de cartón en una mesa en la terraza con vistas al río. Unas cuantas familias, varios hombres y mujeres de negocios y un par de mendigos tomaban también allí su almuerzo. Las hojas caían con parsimonia de un enorme y viejo arce. El tráfico que pasaba por Peace Bridge sonaba de fondo, apenas perceptible.

Había muchas cosas imposibles de conseguir en Attica, y los perritos calientes de Ted's eran una de ellas. Kurtz recordaba las noches de invierno en Buffalo, años atrás, antes de que el Ted's de Sheridan construyera su sala interior. A medianoche, a diez grados bajo cero y con un metro de nieve alzándose del suelo, treinta personas se alineaban en la entrada para comprar sus perritos.

Cuando terminó, condujo al norte por la autopista de Scajauada hacia Youngman, luego al este por la de Millersport, y de nuevo al noreste para cubrir los aproximadamente veinte kilómetros restantes hasta Lockport. No le costó demasiado encontrar la casita de la calle Lilly. Kurtz detuvo

el coche al otro lado de la calle y se quedó allí unos minutos. Era la típica casa de ladrillos blancos de Lockport, bien situada en un buen barrio. Árboles de hoja amarillenta flanqueaban la calle, formando con su caída un desigual manto marchito en la calzada. Kurtz observó las ventanas del segundo piso y se preguntó cuál de ellas sería la de su dormitorio.

Arrancó el coche y condujo hasta la escuela más cercana. No aparcó, se limitó a pasar al lado a poca velocidad. Los polis no eran muy tolerantes en lo referente a las escuelas públicas, y no serían especialmente generosos con un asesino que acababa de salir con la condicional y ni siquiera había visitado aún a su agente.

Era un edificio simple. Kurtz había esperado otra cosa, pero no tenía claro el qué. Los niños de la escuela secundaria no salían afuera para el recreo. Echó un vistazo a su reloj y dio la vuelta para volver a la ciudad, tomando esta vez la 990 para ahorrar tiempo.

Arlene fue la primera en entrar en el *sex shop*. El establecimiento estaba situado a media manzana de la estación de autobuses. Los cristales de incontables botellas rotas crujieron bajo sus pies. Una jeringa usada reposaba en la esquina del vestíbulo que conducía al interior de la tienda. La mayor parte del escaparate estaba llena de pintadas, aunque el cristal estaba tan sucio que de todos modos hubiera resultado imposible ver nada del interior.

Por dentro era igual que todos los *sex shop* que Kurtz había visto. Un tipo aburrido con la cara llena de granos leía una tabla de apuestas hípcas tras el mostrador, tres o cuatro hombres examinaban los videos y revistas de las estanterías, una drogata vestida de cuero negro echaba un vistazo a los clientes, y un gran surtido de consoladores, vibradores y otros juguetes

sexuales eran visibles a través del cristal de una vitrina. La única diferencia es que ahora la mayoría de los videos se habían pasado al DVD.

—¡Eh, Tommy! —le dijo Arlene al hombre de detrás del mostrador.

—¡Qué hay, Arlene! —replicó Tommy.

Kurtz miró a su alrededor.

—Es un lugar muy agradable —dijo—. ¿Vamos a hacer las compras navideñas tan pronto?

Arlene lideró la travesía por el estrecho pasillo, que pasaba junto a las cabinas de los *peep-shows*, un baño con un cartel escrito a mano, «Ni se os ocurra cagar aquí, gilipollas», y terminaba en unas empinadas escaleras al traspasar una cortina de bolas y una puerta sin rotular.

El sótano era alargado, polvoriento, y olía a mierda de rata. Estaba dividido en dos partes por unas cortinas bajas. En tres de las paredes quedaban sendas estanterías vacías, restos de la antigua disposición del sótano. Unas mesas largas y arañadas decoraban la división cercana a la puerta, y un escritorio de metal la zona interior.

—¿Salidas? —preguntó Kurtz.

—Eso es lo mejor —dijo Arlene.

Le mostró una entrada trasera independiente de la tienda de videos que daba a unos altos escalones de piedra y una puerta con refuerzos de hierro que conducía a un callejón. De vuelta al sótano, se acercó a una de las estanterías y la abrió, revelando otra puerta. Se sacó una llave del bolso y descorrió el cerrojo de la puerta. Detrás apareció un garaje subterráneo vacío.

—Este lugar solía ser una librería de verdad. Accesoriamente, vendían heroína en la sección de ciencia ficción, aquí abajo. Les gustaba tener varias salidas.

Kurtz miró a su alrededor y asintió.

—¿Líneas telefónicas?

—Cinco. Supongo que les hacían muchas consultas sobre literatura de ciencia ficción.

—No necesitamos cinco —dijo Kurtz—. Con tres estará bien. —Examinó los enchufes de las paredes—. Sí, dile a Tommy que esto nos servirá.

—No tiene buenas vistas.

—Eso no importa —dijo Kurtz.

—A ti no —objetó Arlene—, si la cosa funciona igual que siempre no vas a pasar mucho tiempo aquí. Yo voy a mirar estas cuatro paredes nueve horas al día. Ni siquiera me daré cuenta de en qué estación estamos.

—Esto es Buffalo —dijo Kurtz—. Siempre es invierno.

Llevó a Arlene a su casa en la ciudad y la ayudó a cargar las cajas de cartón con los efectos personales que había recogido al despedirse del despacho de abogados del centro comercial. No había mucho. Una foto enmarcada de ella y Alan, otra foto de su hijo muerto, un cepillo para el pelo y algún que otro cachivache más.

—Mañana alquilaremos los ordenadores y compraremos los teléfonos —dijo Kurtz.

—¿Qué? ¿Con qué dinero?

Kurtz extrajo el sobre blanco de su chaqueta y le dio trescientos dólares en billetes de cincuenta.

—¡Uau! —dijo Arlene—. Si hay suerte con esto podremos comprar el auricular de un teléfono.

—Tienes que tener algo de dinero ahorrado —dijo Kurtz.

—¿Me estás proponiendo que sea tu socia?

—No —dijo Kurtz—. Pero te pagaré el interés habitual por el préstamo.

Arlene suspiró antes de asentir.

—Esta noche necesitaré otra vez tu coche.

Arlene sacó una cerveza del frigorífico sin ofrecerle a él una. Vertió un poco del contenido de la lata en un vaso limpio y se encendió un cigarrillo.

—Joe, ¿sabes lo que va a pasarle a mi vida social si te presto tanto el coche?

—No —dijo Kurtz, deteniéndose junto a la puerta—. ¿Qué?

—Absolutamente nada.

El abogado Leonard Miles observaba hipnotizado los millones de toneladas de agua que caían por la infinitud de aquel abismo verdeazulado. Pensó en lo que Oscar Wilde dijo sobre las cataratas del Niágara: «Para algunas personas, es la segunda mayor decepción de su luna de miel». O algo así, Miles no era un experto en Wilde.

Miles se encontraba en el lado americano, donde indudablemente las vistas eran mucho peores que en el lado canadiense. Era inevitable, seguramente los dos hombres con los que se había citado no podrían cruzar la frontera por la vía legal. Como la mayoría de los habitantes de Buffalo, a Miles apenas le interesaban las cataratas del Niágara, pero este era un lugar propicio para reunirse con alguno de sus clientes —Malcolm Kibunte lo fue— y no estaba demasiado lejos de la casa de Miles en Grand Island. Un día laborable a la hora de comer, Miles no tendría que preocuparse ante la posibilidad de encontrarse aquí, en las cataratas, con nadie de la familia Farino o, lo que era más importante para él, con ninguno de sus socios profesionales o contactos sociales.

—¿Está pensando en si saltar o no, consejero? —le dijo una profunda voz a su espalda, al tiempo que una mano le agarraba del hombro.

A Miles le pilló de sorpresa. Se dio la vuelta lentamente para encontrarse con el rostro sonriente y los brillantes dientes de Malcolm Kibunte. Malcolm aún aferraba con fuerza el hombro de Miles, como si considerara la posibilidad de levantar al abogado sobre las vallas y lanzarlo al vacío.

No tendría problema en hacerlo, eso Miles lo sabía. Malcolm Kibunte le daba mala espina, y su colega Cutter, sencillamente, le hacía cagarse de miedo. Considerando que Leonard Miles había pasado los últimos treinta años de su vida junto a nuevos ricos, asesinos a sueldo y traficantes de droga psicóticos, sus ansiedades solían ser fundadas. Al mirarlos no supo decir cuál tenía un aspecto más extraño. Malcolm era un hombre negro y atlético de un metro noventa, con cuerpo de luchador, la cabeza afeitada, ocho anillos de oro, seis pendientes de diamantes, un diente adornado con otro diamante, y el cuerpo enfundado en vestimentas de cuero. Por su parte, Cutter era un personaje silencioso con aspecto de albino anoréxico, los ojos carentes de vida hundidos en sus cuencas y el pelo largo y grasiento cayéndole sobre una sudadera andrajosa.

—¿Qué coño quieres, Miles? ¿Para qué nos haces mover el culo hasta este puto lugar tan lejos de la ciudad? —dijo Malcolm soltando al abogado.

Miles sonrió afable.

Dios santo, defiendo a pura escoria. En realidad, nunca había representado a Cutter. No tenía ni idea de si lo habían arrestado alguna vez. Desconocía igualmente su verdadera identidad. Malcolm Kibunte también era, obviamente, un nombre falso. Miles le había representado con éxito, gracias a Dios, en dos acusaciones de asesinato, una de ellas por el presunto estrangulamiento de su esposa. Además, también requirió de sus servicios para defenderle de cargos derivados de un tiroteo con la policía, asociación con una red de tráfico de drogas, la violación de una menor, una violación normal y corriente, cuatro casos de asalto con agravante, dos grandes

robos y varias multas de aparcamiento. El abogado era sobradamente consciente de que eso no les convertía en buenos amigos. De hecho, sabía que Malcolm era el tipo de persona que no dudaría en lanzarlo cataratas abajo, si no fuera por dos factores importantes. Uno, Miles trabajaba para la familia Farino, y aunque la familia era una mera sombra de lo que un día fue, mantenía cierto respeto en las calles. Dos, Malcolm Kibunte sabía que necesitaría de nuevo de las habilidades legales de Miles.

Miles llevó a sus dos acompañantes a un banco para que se sentaran, alejados de las miradas de turistas y visitantes. Miles y Malcolm tomaron asiento; Cutter continuó de pie, mirando al infinito. Miles abrió su maletín y le tendió a Malcolm una carpeta.

Malcolm la cogió y contempló las fotos sujetas con un clip a la primera hoja.

—¿Lo reconoces? —preguntó Miles.

—No —dijo Malcolm tras echarle un vistazo a las imágenes—. Pero el jodido nombre me resulta familiar.

—¿Cutter? —dijo Miles.

—Cutter tampoco lo reconoce —contestó Malcolm por él. Cutter no se había molestado en mirar las fotografías. Ni siquiera a Miles. Por no mirar, no miraba ni a las ruidosas cataratas—. ¿Nos traes aquí a estas putas horas para enseñarnos la foto de ese blanquito cabrón? —se quejó Malcolm.

—Acaba de salir de...

—Kurtz —le interrumpió Malcolm—. Eso es «bajo» en alemán. Miles, tío. ¿Es ese capullo bajito?

—No demasiado —dijo Miles—. ¿Cómo sabías que «kurtz» es «bajo» en alemán?

Malcolm miró a Miles de tal manera que un hombre menos experimentado se hubiera meado en los pantalones.

—Conduzco un puto Mercedes SLK, tío. La jodida «K» de las putas tres letras «SLK» significa «Kurtz»... ¿Me tomas por un

puto ignorante? Jodido universitario lameculos bocazas... —le espetó sin ningún énfasis ni tensión especial en la voz.

—No, no —replicó Miles, haciendo aspavientos con las manos, como espantando insectos invisibles. Miró con el rabillo del ojo a Cutter, que no parecía estar prestando la menor atención a la conversación—. No, es solo que me ha impresionado —le dijo Miles a Malcolm—. El SLK es un gran coche, ojalá tuviera uno.

—No me extraña —le dijo Malcolm animadamente—, teniendo en cuenta que conduces esa mierda oxidada que es tu Cadillac americano.

Miles asintió y se encogió de hombros.

—Sí, bueno. En fin, este Kurtz se presentó en la casa del señor Farino recomendado por el Pequeño Jaco...

—Sí, allí fue donde oí ese jodido nombre —dijo Malcolm—. En Attica. Ese cabrón de Kurtz hizo pedazos a Alí, el líder de los hermanos de la Mezquita de la Muerte de las celdas del bloque D. Los hermanos de la Mezquita ofrecieron diez mil dólares a cualquiera que matara al blanquito cabrón. Todos los putos negratas de Attica se fabricaron punzones con cucharas y apliques. Hasta algunos de los jodidos guardias iban detrás de la recompensa, pero el cabrón de Kurtz se las apañó para librarse de alguna forma. Si es que es ese Kurtz. ¿Crees que es el mismo Kurtz, Cutter?

Cutter volvió su rostro pálido y sombrío en dirección a Malcolm sin decir nada. Al contemplar los ojos grises y apagados hundidos en el mortecino rostro a Miles le asaltó un escalofrío.

—Sí, eso creo —dijo Malcolm—. ¿Por qué nos enseñas esta mierda, Miles?

—Kurtz va a trabajar para el señor Farino.

—El señor Farino —le imitó Malcolm con un desdeñoso falsete. De regalo, le dedicó una amplia sonrisa, mostrando el diamante del diente como si acabara de hacer un chiste inteli-

gentísimo. La risa de Malcolm era grave, baja, desconcertante—. Tu señor Farino es un espagueti seco de mierda con los huevos pegados al culo. Ya no se merece el trato de señor, Miles, tío.

—Sea como sea —dijo Miles—, este Kurtz...

—Dime dónde vive Kurtz y Cutter y yo reclamaremos los diez mil dólares de la Mezquita de la Muerte.

El abogado negó con la cabeza.

—No sé dónde vive. Lleva solamente veinticuatro horas fuera de Attica. Quiere investigar ciertas cosas para el señor... para la familia Farino.

—¿Investigar? —dijo Malcolm—. ¿El cabrón se cree que es el puto Sherlock Holmes?

—Antes era un investigador privado —dijo Miles, gesticulando con la cabeza en dirección a la carpeta, como indicándole a Miles que hojeara unas cuantas páginas. Malcolm no pilló la indirecta, y Miles siguió hablando—: El caso es que está investigando la desaparición de Buell Richardson y algunos de los ataques a los camiones.

El diamante de la dentadura de Malcolm salió de nuevo a relucir.

—¡Vaya! Ahora entiendo por qué querías que viniéramos al paraíso de los turistas blanquitos tan temprano. Miles, tío, debiste cagarte en los pantalones al oír eso.

Miles advirtió que era la segunda vez que Malcolm mencionaba lo temprano que era. Lo que no decía es que eran más de las tres de la tarde.

—No queremos que ese Kurtz meta las narices en esos asuntos, ¿verdad, Malcolm?

Malcolm Kibunte hizo morritos con los labios a modo de burla, y agitó de un lado a otro su cabeza afeitada y brillante.

—¡Oh, no, Miles, tío! Nosotros no queremos que nadie meta las narices en nada que pudiera causar problemas a nuestro puto abogado, ¿verdad que no, consejero?

—No —añadió Cutter en una voz totalmente carente de humanidad—. Nosotros no queremos eso, ¿verdad que no?

Miles saltó literalmente del asiento al escuchar las palabras de Cutter. Se dio la vuelta y miró al albino, que seguía absorto en la nada. Parecía como si su perorata hubiera salido directamente de su estómago o de su pecho.

—¿Cuánto? —dijo Malcolm, harto de juegos.

—Diez mil —dijo Miles.

—A la mierda. Ni siquiera con los diez de la Mezquita de la muerte sería bastante.

Miles negó con la cabeza.

—Esto no puede saberse. Ni una palabra a los hermanos de la Mezquita. Tenemos que hacer desaparecer a Kurtz.

—De-sa-pa-re-cer —dijo Malcolm, estirando las sílabas—. Hacer desaparecer a un hijo de puta es más difícil que matarlo. Hablamos de un trabajo de cincuenta billetes.

Miles sacó a relucir la más desdeñosa de sus sonrisas de abogado.

—El señor Farino podría contratar al mejor de sus profesionales por menos de eso.

—El señor Farino —dijo Malcolm sin rodeos— no va a llamar a nadie, ¿verdad, Miles, tío? Ese Kurtz es tu problema, ¿tengo razón o tengo razón?

Miles torció el gesto.

—Y además, los profesionales de Farino me pueden lamer mi sereno y negro culo mientras comen mierda de espagueti y mueren lentamente como espaguetis si se cruzan en mi camino —añadió Malcolm.

Miles no dijo nada.

—Lo que quiere saber Cutter —dijo Malcolm—, es si tienes o no algo sobre Kurtz. ¿No sabes dónde vive ni donde trabaja? ¿Amigos? Nada... ¿tengo razón o tengo razón? ¿Tendremos Cutter y yo que jugar a los detectives además de eliminar a ese cabrón para hacerte un favor?

—La carpeta tiene alguna información —dijo Miles, señalándola de nuevo con la cabeza—. Contiene la dirección de la antigua oficina de Kurtz en Chippewa, el nombre de su antigua socia (una mujer muerta), además del nombre y dirección actual de su antigua secretaria y de algunas personas con las que compartió su tiempo. El señor Fa... la familia me hizo investigarlo cuando el Pequeño Jaco nos informó de que iba a venir a visitarnos. No hay mucho, pero puede ser útil.

—Cuarenta —dijo Malcolm. No era una proposición, era la oferta final—. Eso son solo veinte para Ce y veinte para mí. Y es duro tener que decepcionar a la Mezquita de esa manera, Miles, tío.

—De acuerdo —dijo el abogado—. Una cuarta parte por adelantado, como de costumbre. —Miró a su alrededor y, al no encontrar ninguna amenaza entre los turistas cercanos, entregó su segundo sobre lleno de dinero fácil.

Malcolm sonreía abiertamente mientras contaba los diez mil dólares y se los enseñaba a Cutter. Este, sin embargo, parecía concentrado en las vicisitudes de una ardilla que merodeaba alrededor de un cubo de basura.

—¿Quieres fotos, como siempre? —dijo Malcolm metiéndose el sobre en un bolsillo interior de la chaqueta de cuero.

Miles asintió.

—¿Qué haces con esas fotos, Miles, tío? ¿Te haces pajas con ellas?

Miles ignoró el comentario.

—¿Estás seguro de poder hacerlo, Malcolm?

Durante un segundo, Miles pensó que había ido demasiado lejos. Varias emociones surcaron el rostro de Malcolm, como si el viento agitara una bandera de ébano, pero su reacción final fue humorística.

—Oh, *zi* —dijo, alzando la vista para compartir su gracieta con Cutter—. El *zeñorito* Kurtz va a *morí*.